

ARTICULOS

ENCRUCIJADA EN EL SALVADOR

El 15 de octubre de 1979 un grupo de oficiales jóvenes logró arrastrar consigo a una buena parte de oficiales y jefes en un golpe militar no cruento, que derrocó al Presidente Romero. Con ese golpe, bien visto por Estados Unidos, se pretendía terminar con una situación, cuyo deterioro era manifiesto desde los meses últimos de 1976 y con los responsables de ella, sin caer por otra parte en manos de las organizaciones político-militares, que para esas fechas estaban ya bastante consolidadas. Tres razones principales movieron a los golpistas de entonces: 1) la injusticia estructural que mantenía a las mayorías populares en condiciones extremadamente miserables; 2) la violación de los derechos humanos, que en tiempo del General Romero empezaba su escalada; 3) el desprestigio creciente de la Fuerza Armada, cómplice de aquella injusticia estructural, de la violación de los derechos humanos y de las dos últimas elecciones presidenciales fraudulentas.

Era una solución intermedia entre la solución gubernamental, que con el General Romero se iba plegando cada vez más a los dictados y conveniencias de la oligarquía y de la gran empresa privada, y la solución revolucionaria propiciada por las organizaciones político-militares. En aquella solución intermedia intentaron colaborar no sólo los actuales componentes del FDR, sino incluso el Partido Comunista y también de alguna manera simpatizantes e incluso miembros de las organizaciones político-militares. El experimento sólo pudo durar tres meses escasos, pues en ese intervalo la oligarquía, la gran empresa privada y los jefes militares no depurados lograron detener el proce-

so reformista de la primera Junta. Por parte del actual FMLN hubo también una gran incompreensión, lo cual llevó a que la juventud militar perdiera poder y claridad de ideas.

Ese primer proyecto intermedio tomó, bajo la dirección del PDC, otro rumbo desde enero de 1980 a marzo de 1982. Fue el proyecto de guerra con reformas, donde el acento principal estaba en la guerra contra el actual FDR-FMLN, como lo demuestra el hecho de que en ese periodo, el más sangriento de la historia de El Salvador, fueron asesinadas más de 25.000 personas. Pero había también reformas, sobre todo la agraria, muy fuertemente combatida por la oligarquía y la gran empresa privada. Todo lo cual lleva al equívoco de hablar de tres proyectos: el de la extrema derecha que busca la aniquilación del FMLN sin reformas, el gubernamental y norteamericano que busca la misma aniquilación, tal vez con diferencia de medios, pero con reformas; y el de la extrema izquierda que busca la toma del poder absoluto a través de la violencia armada y de la movilización de las masas, entendida ésta de distintas formas por cada una de las organizaciones político-militares.

Realmente, sin embargo, como se vería tras las elecciones de marzo de 1982, sólo había dos proyectos fundamentales; el revolucionario y el anti-revolucionario, aunque éste tenía dos variantes: el norteamericano gubernamental y el de la extrema derecha. Es verdad que el llamado proyecto intermedio entre las dos extremas tanto a través de las reformas como a través de un gobierno de tendencia moderada y supuestamente humanista, pero esa pretensión estaba subordi-

nada totalmente a lo que era su objetivo principal, el aniquilamiento del poder revolucionario al que se le veía como comunista y, por tanto, amenazador de la empresa privada en el país y de la seguridad de Estados Unidos, que veía también su patio trasero en peligro.

Tanto en el período enero de 1980 - marzo de 1982, como en el período marzo de 1982 - diciembre de 1983, el elemento determinante sigue siendo la contención y derrota del FMLN a través de tres medios fundamentales; 1) guerra estrictamente tal a la que contribuye Estados Unidos con importantes sumas de dinero, con entrenamiento militar de miles de soldados y oficiales y con los asesores norteamericanos, junto con la presión determinante sobre Nicaragua para disminuir al máximo el aprovisionamiento de armas y municiones al FMLN; 2) terrorismo de Estado (así lo definió la OEA en 1981) que causa decenas de miles de asesinatos y desaparecidos a ciencia y conciencia tanto del gobierno de la Democracia Cristiana y del gobierno de Unidad Nacional como de la Administración Reagan, que ven el fenómeno o como necesario o como inevitable; 3) algunas reformas que quiten base popular a los movimientos revolucionarios. De los tres medios, los dos primeros son sin duda los más importantes. Y en esos dos medios coinciden en lo fundamental tanto el proyecto de la extrema derecha como el proyecto llamado intermedio y reformista.



Que en la fase 1980-1982 la oligarquía y la gran empresa privada no estuvieran en el poder oficial del Estado, entonces en manos de la Democracia Cristiana, y que en ese período se iniciaran reformas importantes no hace diferencia mayor, porque el objetivo fundamental de aniquilación del comunismo era el mismo. Llegamos así al contrasentido aparente de que el terrorismo de Estado cobra más víctimas en el período en que el PDC tiene el poder que en el período en que no lo está más que de manera parcial, compartiéndolo con otros partidos, incluido ARENA, al que se le atribuyen conexiones muy directas con los escuadrones de la muerte y otros máximos responsables de los asesinatos terroristas. El contrasentido es sólo aparente porque la Democracia Cristiana no pudo controlar todo el aparato de Estado en el que siempre ha estado infiltrada, sobre todo en las estructuras militares, la extrema derecha. Todo ello indica que en ningún momento hubo tres proyectos actuantes sino sólo dos: el proyecto revolucionario y el proyecto anti-revolucionario, sometido éste a las contradicciones secundarias de los distintos intereses que lo componen, pero unificado radicalmente en el propósito de aniquilar cuanto antes y de cualquier modo al FMLN.

Esas contradicciones secundarias trataron de resolverse con las elecciones del 28 de marzo de 1982. La junta de la Democracia Cristiana fue perdiendo autoridad y capacidad de gobierno. Esta pérdida la atribuía a que no había sido elegida por elecciones democráticas, sino a través de un pacto con los militares. Estados Unidos y la Democracia Cristiana vieron entonces la conveniencia de unas elecciones —no queridas en un primer momento por los partidos de la extrema derecha— que dieran al proyecto norteamericano-gubernamental credibilidad política internacional y un mayor respaldo en el interior del país. Los problemas fundamentales de la guerra civil, del terrorismo de derechas y de la violación de los derechos humanos, del permanente deterioro económico, de la polarización de los ánimos políticos, del desgaste de las instituciones, de la pésima imagen internacional, lejos de mejorarse habían empeorado de 1980 a 1982. Las elecciones permitirían una legitimación internacional del proyecto anti-revolucionario y posibilitarían un enfrentamiento más eficaz de los problemas internos. Tanto Estados Unidos, como la Democracia Cristiana y aun la Iglesia, pensaron que se daría un triunfo del PDC que decía representar la solución media entre las dos



Realmente sólo hay dos proyectos fundamentales, el revolucionario y el antirrevolucionario con dos variantes, el norteamericano gubernamental y el de la extrema derecha.

extremas, la derecha y la izquierda. Para su sorpresa, las elecciones dieron el triunfo a los contrarios del PDC y estuvieron a punto de llevar a la presidencia de la República al Mayor D'Aubuisson, el representante más notorio de la extrema derecha, cosa que fue impedida por la Administración Reagan, la cual tuvo que ceder en contrapartida el que se le concediese al mayor la presidencia de la asamblea constituyente.

Supuestamente en esas elecciones triunfaron entonces por suma de votos y de diputados los que proponían la variante derechista del proyecto norteamericano-gubernamental, variante que hubieran llevado a la práctica si la Administración Reagan no lo hubiera impedido por diversos medios como la introducción del PDC en las estructuras del poder ejecutivo o como presiones sobre el Alto Mando y los cuerpos de seguridad. El resultado fue que siguió imperando el mismo proyecto con leves variantes sobre todo en el freno al proceso de implementación de la reforma agraria, freno que se logró institucionalizar en la nueva Constitución. Todo ello muestra que en realidad sólo hay dos proyectos fundamentales, que llamaremos A y B, aunque dentro del A se dan dos variantes que llamaremos A.1 y A.2.

El proyecto A.1. es el proyecto prioritario de Estados Unidos al que se adscribiría el PDC y eventualmente el PCN y AD, si logran constituir un centro democrático, cosa dudosa después de los últimos acontecimientos y decisiones de la asamblea constituyente. Como características podrían formularse las siguientes: a) el anticomunismo como unidad ideológica fundamental; b) la aniquilación del FMLN a través de una estrategia militar y política mejorada, que implicaría sustanciales aumentos en ayuda militar y modos nuevos de conducir la guerra; c) mejoramiento de la Fuerza Armada sobre todo con el propósito de que sea más efectiva su lucha contra la guerrilla; d) unas elecciones que den paso a un gobierno civil fuerte que poco a poco sea capaz de controlar realmente a la Fuerza Armada y a los cuerpos de seguridad; e) el avance en la política de los derechos humanos logrando controlar las acciones de los escuadrones de la muerte y potenciar el poder judicial; f) apoyo al desarrollo económico que incida en el bienestar de las masas, cuyas necesidades básicas no pueden hoy ser cubiertas. Los puntos principales siguen siendo el a) y el b), de manera que si los demás puntos ponen en peligro el llevarlos ade-

La encrucijada de El Salvador consiste en que de momento esos dos proyectos fundamentales son irrenunciables, sobre todo la versión de la extrema derecha y el proyecto del FDR-FMLN.

lante, pasarán a muy segundo plano o serán suprimidos mientras sea necesario.

El proyecto A.2. puede ser también asumido por Estados Unidos, aunque tal vez suavizado por alianzas con otros partidos no tan extremistas. Sus características principales podrían formularse así: a) un anti-comunismo exacerbado, que legitima cualquier tipo de acción, si es que resulta efectiva para acabar con todo lo que los suene a comunismo; b) la aniquilación del FMLN y de todos sus simpatizantes, a través de una guerra que los reconozca no como soldados, sino como "hordas asesinas", y a través de formas de terrorismo que se han venido utilizando hasta ahora y que han causado cerca de 45,000 asesinatos; c) el intento de asumir todo el poder en sus manos, no sólo el económico y el militar, con lo que ya cuentan, sino también con el político; d) poner freno a las reformas y retirarlas en cuanto sea posible de modo que puedan recobrar en plenitud todo su antiguo potencial económico y establecer de nuevo el antiguo régimen económico con todos los incentivos y ventajas para la empresa privada; e) lograr que la Fuerza Armada y los cuerpos de seguridad sigan estando totalmente en su línea y para ello mantener al frente de ellos a jefes y oficiales de su plena confianza; f) fuerte lucha ideológica tanto en defensa de sus principios como en el ataque y la atemorización a todos aquellos que puedan ser tildados de marxistas por el mero hecho de denunciar las injusticias sociales y los abusos de poder.

Estos dos proyectos parecen distintos, pero la historia pasada y su confluencia en el anti-comunismo y en el anti-FMLN hacen que su diferencia real no sea grande, sobre todo si de los planteamientos ideales pasamos a las condiciones reales de su puesta en acción. Esas condiciones reales no serán puestas, si es que ponen en el más ligero peligro sus propósitos fundamentales.

El proyecto B es el del FMLN-FDR, el cual se presenta como un proyecto revolucionario deseoso de poner en práctica aquellas condiciones reales que puedan hacerlo efectivo y quitar todos los obstáculos que lo impidan. Su objetivo principal inmediato es la constitución de un gobierno democrático revolucionario de amplia participación, ya que no ven la posibilidad real de consti-

tuir un gobierno puramente revolucionario. Esto incluye: a) participación directa en el poder, aunque sin asumirlo de manera plena; b) elevar a la práctica con efectividad de reforma agraria, la reforma del sistema financiero y la reforma de la comercialización exterior; c) una economía mixta en donde la empresa privada tenga su lugar razonable sin privilegios ni prepotencias como los que ha tenido a lo largo de la historia de El Salvador; d) pluralismo político sin que esto suponga unas elecciones inmediatas, aunque tampoco excluya unas elecciones pactadas; f) reestructuración de la Fuerza Armada y de los cuerpos de seguridad, de modo que desaparezcan de ellos los responsables de los asesinatos y las violaciones de los derechos humanos y se llegue a la constitución de un nuevo ejército como resultado de la unión del actual y del que está luchando bajo la bandera del FMLN. Para conseguir todo ello tienen como medio principal la lucha armada, pero lejos de cerrarse al diálogo y a la negociación, los ofrece positiva y reiteradamente. El proyecto mismo es ya de transacción en cuanto renuncia a idealismos revolucionarios para atenerse a un programa realista. Así, reduce sus pretensiones de un poder popular fundamentado en la alianza obrero-campesina o de una política exterior alineada con la URSS y los países socialistas, dispuesta a exportar la revolución en el área; en vez de ello propone un pacto de seguridad con Estados Unidos y una política nacionalista de no alineamiento.

La encrucijada de El Salvador consiste en que de momento esos dos proyectos fundamentales son irreconciliables, sobre todo la versión A.2. y el proyecto B y, asimismo, en que, dada la actual correlación de fuerzas, ninguno de ellos se puede imponer ni por la vía armada ni por cualquiera de los caminos políticos que se han intentado.

El proyecto A.1. se ha presentado a lo largo de estos cuatro últimos años muy mezclado con elementos del A.2., sobre todo en lo que toca al modo de hacer la guerra, en la utilización y/o permisón de la masiva violación de los derechos humanos. Su puesta en marcha ha constituido un fracaso notorio en lo fundamental. Ciertamente con él se ha conseguido que el poder no caiga en

manos del FMLN y que El Salvador no caiga en manos de un gobierno pro-marxista que supusiera una nueva amenaza para el área; se ha conseguido también mantener en pie la economía de El Salvador, al menos en el sentido de no haber permitido su derrumbe total; y se ha conseguido finalmente que se reactive la vida política, uno de cuyos resultados es la nueva Constitución y el lanzamiento de unas nuevas elecciones que pretenden restaurar un orden constitucional. Pero no se ha conseguido derrotar al FMLN, el cual, lejos de eso, está hoy militarmente más fuerte que nunca; al mismo tiempo se ha logrado que El Salvador sea uno de los países más violentos y que los asesinatos políticos atribuibles a las fuerzas gubernamentales se cuenten por decenas de miles y los desplazados y refugiados por centenas de miles en una población que no alcanza los cinco millones de habitantes; por otro lado, la descomposición política de las instituciones, la polarización de los ánimos, la desarticulación del país, ha llegado a límites realmente trágicos.

Pudiera decirse que el proyecto A.2. no se ha implementado, al menos estrictamente. Pero sí se ha implementado en lo fundamental, ya que

el terrorismo ha sido uno de los mecanismos esenciales del actual proceso. Incrementarlo llevaría consigo no sólo un mayor repudio internacional sino que haría muy difícil, aunque no imposible, aquel apoyo militar y económico norteamericano, sin el que lo más probable es que el FMLN alcanzara victorias decisivas, que acabarían dándole el poder. Si el proyecto A.2. se despojase del terrorismo y pusiese su acento en las medidas económicas y políticas, que le son propias, se volvería a la situación en que se inició el proceso con el golpe militar del 15 de octubre.

Tampoco el FMLN-FDR ha podido imponer su proyecto ni por las armas ni por la negociación. Sus innegables triunfos militares no han derrotado al ejército contrario ni siquiera han obligado a sus oponentes a entrar en un proceso negociador; aunque han logrado un principio de reconocimiento al conseguir que el enviado de Reagan y la comisión de paz gubernamental iniciaran pláticas oficiales con el FMLN y no sólo con el FDR.

El Salvador, por tanto, está en una grave encrucijada, complicada ulteriormente por la situación en que se debate toda la zona centroame-



Dada la actual correlación de fuerzas, ninguno de ellos se puede imponer por las armas ni por cualquiera de los caminos políticos intentados.

ricana. Esa encrucijada se hace tanto más crítica cuanto cada uno de los proyectos, al combatir a los otros, los fortalece. Así los intentos de reforma propugnados por A.1. fortalecen la posición del A.2. en torno al cual se aglutina la oligarquía, la gran empresa y sus seguidores juntos con los militares responsables del terrorismo y/o frenéticamente anticomunistas. El terrorismo del A.2. lanza a miles de personas a la lucha armada propugnada por el proyecto B, lo mismo que la guerra del A.1. logra potenciar el poder militar del B. Al contrario, la potencialidad creciente de quienes sustentan el B hace que el A.2. cobre mayor fuerza y aun pueda conseguir el apoyo de Estados Unidos, a pesar de lo que implica de terrorismo y de extremismo. Esa misma potencialidad empuja a que Estados Unidos dé nuevo impulso a A.1.

En esta encrucijada vive el pueblo salvadoreño. Los problemas objetivos de su historia, de su inmediato pasado y de su presente son extraordinariamente difíciles y casi irresolubles. Lo que está ahora en juego no es su solución, sino quién la va a emprender y conforme a qué esquema. En esta lucha han transcurrido más de cuatro años, lo cual ha dificultado más la solución de los problemas estructurales y ha complicado más la situación. Se ha avanzado en estos cuatro años en el desarrollo del proceso, que parecería acercarse a sus etapas finales. Pero los protagonistas de la crisis no han avanzado en el camino de la solución, a pesar de tanta muerte y destrucción. Son cada vez más fuertes, sobre todo, el FMLN, pero de ninguno de ellos cabe esperar, a corto plazo, ni un triunfo militar ni un arreglo político, si es que no cambian drásticamente los planteamientos de cuantos están interviniendo en la marcha del proceso.

